
Para entender la contrarrevolución: historia, memoria y política

Gloria Martínez-Dorado

En las “I Jornadas de Estudio del Carlismo:¹ *El carlismo en su tiempo: Geografías de la contrarrevolución*”, algunos de los más reconocidos investigadores sobre el carlismo, pero también sobre otros movimientos contrarrevolucionarios europeos e incluso americanos, presentaron ante colegas y estudiosos de la materia, bien un estado de la cuestión bien el resultado de sus más recientes trabajos. Los organizadores daban por sentado que se pudiera establecer un fructífero debate de intercambio intelectual al final de cada ponencia, para lo que se contaba con moderadores no menos relevantes y muy curtidos en estas lides. Incluso se pensó en que pudieran debatirse cuestiones no académicas, y quizás por ello programaron también “Tertulias (abiertas al público)”.²

¹ Estella, 18-21 de septiembre de 2007. Acto de presentación y primera actividad del futuro Museo y Centro de Documentación del carlismo –que ocupará el antiguo Palacio del Gobernador en dicha ciudad, una vez reconstruido–, y cuyo comité científico está formado por los historiadores Jordi Canal, Juan Pablo Fusi, Angel Sanz Marcotegui y José Ramón Urquijo, además de por Juan Ramón Corpas, Camino Paredes y Carmen Vallés como representantes de las instituciones navarras que propician la creación del Museo y patrocinaron la celebración de las Jornadas.

² El programa, que se cumplió en su totalidad, fue el siguiente:

Conferencia inaugural a cargo de JORDI CANAL I MORELL (EHES, París), “Carlismo y movimientos contrarrevolucionarios en la época contemporánea”.

1ª Sesión: Ponencias de FRANCISCO J. CARPISTEGUI GORASURRETA (U. Navarra), “¿Carlismo en Navarra o Navarra carlista?: paradojas de una identidad conflictiva entre los siglos XIX y XX”, y de JON JUARISTI LINACERO (U. de Alcalá), “El Joven Caballero: legitimismo y rebelión popular en Escocia”. Preside y modera JUAN PABLO FUSI AIZPURÚA (UCM).

Tertulia con PABLO ANTOÑANA CHASCO (escritor), sobre su “Interpretación sentimental del carlismo navarro”, modera ANGEL GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI (UPN)

2ª Sesión: Ponencias de PEDRO RÚJULA LÓPEZ (U. Zaragoza), “La guerra como aprendizaje político. Los movimientos contrarrevolucionarios al sur del Ebro”, de JESÚS MILLÁN I GARCÍA-VARELA (U. Valencia), “A

Ponentes y estudiosos, moderadores y tertulianos compartieron protagonismo en coloquios y tertulias con algunos dirigentes y militantes carlistas de la hora actual, tanto del Partido Carlista de Euskal Herria-EKA como de la Comunión Tradicionalista. Nada más comenzar el turno de intervenciones tras la conferencia inaugural, el mismo título de las jornadas fue puesto en entredicho a la hora del debate abierto entre los asistentes. Un militante carlista de 79 años, así como el secretario federal de EKA plantearon que el calificativo de *contrarrevolucionario* había dejado de ser un signo de identidad carlista, si es que alguna vez lo había sido. El primero dijo considerarse, como carlista que se enfrentó al franquismo y padeció su represión, un *revolucionario concreto*, y el segundo se refirió al carácter *poliédrico* del movimiento carlista y, sobre todo, a su vocación primero *fuera* y luego *federal*, en una evolución que claramente desmentiría el sambenito de *contrarrevolucionario*.

Jordi Canal, uno de los historiadores con mayor interés en renovar la historiografía del carlismo, no era la primera vez que se encontraba con la enemiga de los militantes carlistas y quiso zanjar la cuestión refiriéndose a la estricta y necesaria separación existente, según su criterio, entre memoria e historia, argumentando que una cosa es hablar desde la propia vivencia o la militancia y otra bien distinta como historiador. Surgía aquí un viejo tema de debate que, en opinión de la que esto suscribe, sigue estando abierto para la historiografía, como demuestra la actualidad y

salvo del desorden conservador: carlismo y oligarquías no carlistas en la España de la revolución liberal”, y de HILAIRE MULTON (U. Lyon-III), “Géographies et mémoires blanches en France”, preside y modera JAVIER DONÉZAR DIEZ DE ULZURRUN (UAM).

3ª Sesión: Ponencias de ANTÓNIO M. MONTEIRO CARDOSO (Instituto Politécnico de Lisboa), “Portugal, outras geografias”, de PERE ANGUERA I NOLLA (U. Rovira y Virgili, Tarragona), “Los motivos del carlismo: combatientes, militantes y razones en la Cataluña contemporánea”, y de FERNANDO MOLINA APARICIO (U. del País Vasco), “El carlismo vasco: entre España y Euskadi (1833-1975)”, preside y modera CARLOS FORCABELL ÁLVAREZ (U. de Zaragoza).

4ª Sesión: Ponencias de ANTONINO DE FRANCESCO (U. degli Studi di Milano), “Nazione e controrivoluzione nel Mezzogiorno d’Italia, 1799-1867”, y de JEAN MEYER (Centro de Investigación y Docencia Económicas, México D.F.), “Geografía de las guerras cristeras: México 1926-1940”, preside y modera JOSÉ M. DELGADO IDARRETA (U. de La Rioja).

Tertulia con FERNANDO PÉREZ OLLO (periodista), sobre “Carlismo navarro, para no carlistas. Modera ANGEL GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI (UPN).

Conclusiones de las jornadas, a cargo de JOSÉ R. URQUIJO GOTTIA (CSIC, Madrid).

Sesión de Clausura: Ponencia de MIGUEL ARTOLA GALLEGO, “Carlismo: Guerra y política”.

amplia resonancia pública de la polémica alrededor de la recientemente aprobada Ley de Memoria Histórica.

La memoria, puede ser, como a continuación dijera Jon Juaristi, una poderosa aliada del historiador, como la prosopografía o la historia oral ponen de manifiesto a la hora de reconstruir la vida de personajes históricos o de comunidades enteras. Pero sobre lo que esta cronista quiere llamar la atención aquí, como asimismo lo hizo en su intervención en las Jornadas, es en la necesidad de una *integración* entre memoria e historia. Una *integración* que tenga en cuenta, a la manera de Walter Benjamin, “un tiempo repleto de *ahora*”,³ en el que la *memoria* entra *como un relámpago en el presente* del historiador, haciendo posible de esta manera no sólo la comprensión de lo acontecido sino, sobre todo, *la acción redentora* como posibilidad de futuro.

Que las intervenciones de los carlistas presentes en estas Jornadas pecaran de sentimentales y poco rigurosas, desde una perspectiva historiográfica que busca la objetividad y el distanciamiento de los hechos estudiados, es significativo por varias razones: la más aparente, porque introduce un elemento de conflicto indeseable desde el punto de vista científico, en tanto contaminado por apreciaciones y sentimientos personales, además de por intereses partidistas; y la más oculta pero de mayor calado, en tanto dicho conflicto muestra una distancia que propicia el desconocimiento mutuo y una frontera que marca la posibilidad permanente de enfrentamiento, es decir, un abismo insalvable entre la memoria de la “historia” y la razón “historiográfica”.

Considero que dicha polémica es sobre todo epistemológica, pues se trata de entender, a la hora de estudiar el pasado, el lugar de la memoria y la comprensión de lo vivido por los protagonistas, que normalmente se expresa en el lenguaje del sentido común o mito-poético. Que éste sea también el caso de todos los militantes carlistas a la hora de enfrentarse a su propia historia es otra cuestión, pues en la medida en que pretendan discutir las conclusiones de la historiografía académica utilizando su mismo lenguaje, el ético-racional, sus aportaciones no se sumarán a la de aquélla,

³ Ver la “explicitación” que Reyes Mate hace a la Tesis XIV de Benjamin, en *Medianoche en la historia. Comentarios a las Tesis de Walter Benjamin “Sobre el concepto de Historia”*, Trotta, Madrid, 2006, pp. 223-237.

sino que competirán con ella en causas, motivos y resultados sobre un mismo objeto, para unos de estudio y para otros de reivindicación política.

La confrontación de la que venimos hablando y que abrió estas I Jornadas marca, desde nuestro punto de vista, un destino y un punto de encuentro: incorporar el lenguaje mito-poético y de la memoria al modo de estudiar historia. Este lenguaje –que quizás podría ser el del militante que aporta su experiencia en el lenguaje del sentido común (*yo fui carlista pero también revolucionario*, porque luché contra Franco y padecí cárcel por ello)–, al contrario que el lógico-racional, no busca causas ni reparte culpas, no compite ni acusa sino que incorpora, se adapta y concilia a través de un examen sistemático de analogías, paralelismos y correspondencias.⁴

A continuación, he agrupado las cuestiones y problemas planteados en las diferentes sesiones, destacando en el enunciado el asunto que, según mi criterio, presenta mayor controversia. Ello me servirá para hacer una breve reflexión sobre alguna de las posiciones defendidas por los ponentes alrededor de esa cuestión:

NUEVAS PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS

J. Canal, en la conferencia inaugural, habló de cuáles, según su criterio, son los “retos” historiográficos cuando se estudia el carlismo. Primero, ser capaces de transmitir la complejidad de un momento histórico tan dramático y de tan larga duración como fue la confrontación entre revolución y contrarrevolución en la España del siglo XIX. Después, la necesidad de entender “globalmente” el carlismo y no desde cualquier perspectiva exclusivista, sea ésta económico-social, cultural o política; para ello, considera “indispensable deconstruir los discursos historiográficos y acercarnos a los enunciados de los protagonistas”. Finalmente, otros tantos retos serían considerar más la larga duración en el estudio de un fenómeno tan cambiante pero tan perdurable como el carlismo, que aún hoy busca un espacio político propio; utilizar más el método comparativo y los juegos de escala, para, finalmente, poder avanzar en nuevas formas de explicar

⁴ Mary Douglas describe, desarrolla y hace uso de estos “dos estilos de pensamiento”, en *El Levítico como literatura*, Gedisa, Barcelona, 2006. Ver, sobre todo, pp. 35-47.

las “razones profundas” de los que defendieron la causa carlista, tan respetables y decisivas para un historiador como las de los liberales contra los que lucharon.

Podría pensarse que, en el debate que siguió, el rico y provocador contenido a esta presentación quedó en la sombra, pues se centró en el enfrentamiento entre memoria e historia que nos arrancó las reflexiones a las que se ha hecho referencia más arriba. Sin embargo, considerando el hecho de que fueran militantes carlistas los que despertaran ese debate, así como la manera en que lo hicieron, lo que a mí me sugiere es que ejemplifica y da validez a algunos de los retos planteados por el profesor Canal.

Porque es cierto que la historiografía ha venido considerando *anecdóticos* la contrarrevolución en general y el carlismo en particular, ignorando la *complejidad* de su momento histórico y, lo más importante para lo que aquí nos importa, no ha indagado en las *razones profundas* de los que defendieron la causa carlista.

Los actuales representantes de esa tendencia aún reivindicán su causa, por más que sea cierto que erraron sus tiros al atacar –dejándose llevar por la emoción de una ofensa secular, aunque planteándola desde el lenguaje racional–, precisamente, a uno de los historiadores que con más denuedo plantea revisar esa visión parcial de la historia.

¿QUÉ ES LA TRADICIÓN?

Tanto F.J. Carpiestegui como J. Juaristi hablaron sobre la “invención de la tradición”, la de una *Navarra carlista* o la de una *Escocia jacobita*. Tanto en uno como en otro caso se trataría de una construcción tanto interna como, sobre todo, externa a los protagonistas de los hechos –las guerras carlistas del siglo XIX y la Guerra Civil de 1936-1939 en el caso de Navarra; las Rebeliones Jacobitas de finales del siglo XVII y principios del XVIII en Escocia e Irlanda–, realizada fundamentalmente *para* cooptar a sus dirigentes y neutralizar la capacidad de movilización de sus movimientos, a través de la construcción de un gueto con denominación de origen pero ya inofensivo.

A. de Francesco, profesor de la Universidad de Milán, planteó por su parte que en el sur de Italia aún hoy se defiende una particular visión de

la tradición, cuyo “argumento rancio y antiguo” es el de que, primero, el proceso de reformas emprendido por los borbones en el viejo Reino de las Dos Sicilias se vio truncado por la invasión napoleónica, y, segundo y definitivo, tras la llegada de Garibaldi y la posterior unificación italiana se produjo “la entrega al Piamonte del Reino del Sur”, con la consiguiente introducción de la modernidad en la política y la subordinación tanto económica, como cultural y política del sur al norte. Si en el XIX los hitos contrarrevolucionarios fueron el “sanfedismo” de 1799 y el “brigantaggio” de 1860 contra Garibaldi, en el XX llegó a plantear diversos retos al Estado italiano, desde la rebelión separatista de Sicilia, pasando por el referéndum del año 1946 que se convirtió en un plebiscito entre monarquía y república, hasta la negativa de 2007 a celebrar el bicentenario del nacimiento de Garibaldi.

Estas investigaciones alrededor de la *tradición* tienen un denominador común: en todos los casos se trata de una *invención* que mitifica un pasado *para* justificar la existencia de una identidad política ligada a un territorio. Esta *invención* se realiza mediante la apropiación de determinados símbolos políticos y culturales, que son creados al efecto o rescatados de un pasado más o menos lejano, en su mayor parte con escaso rigor histórico.

Sobre esta cuestión parecía que en el debate posterior había acuerdo unánime sobre lo apuntado por los ponentes, incluso por los militantes de EKA, que alabaron la presentación y las conclusiones de los aquéllos.

Sin embargo, desde estas páginas me gustaría abrir la posibilidad de una discusión alrededor de este tema: ¿Hasta qué punto esas *invenciones de tradición* son pura *irrealidad*, como entiendo que se defendió por los ponentes y se aceptó sin discusión por los asistentes, o, por el contrario, son construcciones de la realidad que funcionan como *sombras* de la identidad política a la que se oponen, la cual de igual manera se *inventa*?

VIOLENCIA, POLÍTICA E IDENTIDAD CARLISTAS

P. Rújula defendió la hipótesis de considerar la *guerra* como una *experiencia* y un *aprendizaje de la política* para aquellos que combatieron la revolución y se resistieron a los cambios que ésta proponía ya desde la Guerra de

Independencia. Según su criterio, *armas y contrarrevolución* habrían formado un *binomio indisociable*, de manera que la defensa de los *principios tradicionales* planteó una *confrontación excluyente* con los *principios liberales*, por lo que su resolución se produjo invariablemente a través del recurso a las armas, –Revueltas Realistas del Trienio, Revuelta de los Agraviats de 1827 y Primera Guerra Carlista.

Desbrozando el camino de obstáculos interpretativos caducos, el profesor J. Millán apuesta por contemplar la España decimonónica dentro de un viejo *orden*, ya *no feudal*, que había venido modificándose gracias al surgimiento y expansión de una franja social de *labradores propietarios*, quienes desde finales del XVIII venían disputando con éxito el poder local a las viejas oligarquías. Avanzando en la descripción de estas nuevas oligarquías, Millán dejó planteada una cuestión decisiva: ¿por qué unas *oligarquías decidieron* desplegar el *desorden conservador* en la periferia de *la España de la revolución liberal*, arrastrando con ellas a la base popular, y fueron así todos carlistas; y, sin embargo, oligarquías del mismo carácter permanecieron *a salvo* de dicho desorden en el resto del país y *decidieron* practicar un *liberalismo instrumental*?

Aparte del carlismo de caballeros y oligarquías dirigentes, a P. Antoñana, el “Galdós navarro”, como justamente le definiera A. García-Sanz en su presentación, a quien él mejor conoce es al luchador carlista, a ése que aparece en los miles de recibos que se conservan en los archivos locales solicitando ración, y que desde el principio y por generaciones peleó y sufrió las consecuencias de una repetida derrota, sin saber por qué o porque así lo decía el cura o el amigo. El carlismo, así, es visto como un movimiento eminentemente popular, religioso en la medida en que los curas eran sus agentes movilizados por excelencia, pero sobre todo cargado de *entusiasmo mesiánico*, el cual se agotó tras la Guerra Civil de 1936-1939, precisamente cuando por primera vez aparecía como vencedor.

Para el profesor P. Anguera, de las numerosas fuentes y testimonios que ha consultado se desprende, por una parte, que el componente mayoritario de combatientes de la Primera Guerra era considerado por sus propios jefes como *gente miserable o marginal*, que se enrolaba en las partidas por *6 reales, un 50 por ciento más que lo cobrado por cualquier jornalero*. Las fuentes liberales, por otra parte, serían en su mayoría poco fiables,

y calificaban a los carlistas de bandoleros cuando no directamente de criminales. Sin embargo, está contrastada la existencia de numerosos artesanos, sobre todo textiles, ya desde las revueltas de los Agraviados en 1827, y, posteriormente, de capas obreras urbanas.

La politización carlista, su integración a la vida política a través de la creación de una *cultura carlista* sólo se produjo, como expuso F. Molina, en el periodo de *letargo* entre la Primera y la última Guerra carlista del siglo XIX; posteriormente, de la Restauración a la Guerra Civil de 1936-1939, el carlismo incluso urbaniza y moderniza sus argumentos de manera tal que llega a plantear una alternativa viable tanto al liberalismo como al nacionalismo. Sin embargo, esta larga y dinámica trayectoria fue siempre *antisistema*, por lo que no llegó a *generar una auténtica ciudadanía*. Finalmente, el carlismo fue utilizado por el régimen franquista como *instrumento de imposición política*, de manera que la absorción de su programa significó la pérdida de una identidad tan largamente trabajada.

La guerra y el carlismo parece que efectivamente fueron, de 1833 a 1939, como dijera el profesor Rújula, *indisociables*. Sin embargo, quisiera continuar la discusión iniciada en el debate posterior a la presentación de su ponencia, respecto a la pertinencia de seguir considerando la guerra como *la continuación de la política por otros medios*, lo que ha permitido al autor de la ponencia plantear la hipótesis de ver la guerra como *experiencia y aprendizaje de la política*.

Según mi criterio, la política se acaba cuando comienza la guerra, aunque esta última se hiciera –y aún se siga haciendo– para alcanzar el poder político. Es más, cuando este último se ha adquirido a través de las armas es justamente llamado en nuestra tradición política “poder usurpador”, por lo que se entiende que es *usurpador* de la política.

Por otra parte, mantengo que fue en la interdependencia entre revolución y contrarrevolución donde se planteó una *confrontación excluyente* que desembocó en guerra, y que, por tanto, no puede adjudicarse a la contrarrevolución la decisión del recurso a las armas como forma de enfrentar las reformas revolucionarias. En todo caso, como apunta el profesor Millán, lo que él denomina el *desorden conservador* propició un *uso paradójico de la violencia*, pues a través de ella se buscaba no asaltar el poder sino restablecer el orden.

Las aproximaciones a la sociología del carlismo del profesor Anguera, así como la descripción histórico-literaria de Antoñana de los combatientes carlistas muestran una consistencia débil de las tesis que mantienen su proclividad a la violencia, o de que ésta les supusiera algún tipo de *aprendizaje de la política*. Más bien cabe suponer, como argumentara Fernando Molina, que fue en los periodos de *letargo*, en los de entreguerras, cuando se produjo la creación del imaginario carlista y su integración en la política.

LOS LUGARES DE LA MEMORIA Y LA HISTORIA

H. Multon no pudo acudir a la cita de Estella, pero su ponencia fue presentada el día y a la hora señalados por su colega en el EHESS, J. Canal. Los *lugares de memoria* de la contrarrevolución francesa tendrían una correspondencia, imperfecta pero claramente identificable, con los de la *cultura política blanca* o monárquica –en contraposición a la *azul* o republicana y la *roja* o de los sans-culottes–, la cual se fue definiendo, de acuerdo con determinadas pautas sociales, políticas y culturales, así como ampliando su área de influencia desde los tiempos de la Revolución de 1789.

A.M. Monteiro planteó, sin embargo, que la contrarrevolución portuguesa –la de las revueltas de 1823 y 1827 lideradas por la familia Silveira y con el epicentro en Trás-os-Montes, la miguelista de los años de la guerra civil de 1832-1834 y cuyo bastión se situó en las sierras del Algarve, y, finalmente, la de Remexido en 1836 en todo el Algarve y parte del Alentejo– carece de esos *lugares de memoria*, en tanto no hay una tradición o cultura política que haya pervivido en el tiempo, aun cuando fuera muy importante e influyente en su época.

J. Meyer escribió, en 1973, un clásico entre los estudios de la contrarrevolución, *La Cristiada*, la rebelión que enfrentó al gobierno revolucionario del general Calles con la Iglesia, los campesinos, las clases medias urbanas y, sobre todo, con las mujeres católicas de todo el México central. En 2004 volvió sobre sus pasos y, tras consultar archivos hasta entonces cerrados al público, cotejó datos, revisó lo dicho y publicó *Pro Domo Mea*. La historia de la rebelión cristera forma ahora parte de una *memoria que puede servir a ciertos intereses políticos*, a los de aquellos que de una sentida *epopeya* popular quieren hacer una cantera de implantación electoral (el Partido Acción Nacional).

Lo que para estas tres investigaciones es de mayor interés es el modo en el que sus autores sitúan en *el espacio* el acontecimiento histórico de la contrarrevolución, pues en ellas los mapas o las referencias a lugares concretos no son meros recursos auxiliares en la narración de los hechos sino que los explican, sustentando su propia posibilidad de ocurrencia.

A través de la *memoria*, o de la *ausencia* de ella, que en un lugar determinado se tiene de la contrarrevolución, no sólo se narran los hechos sino que se ven en su proyección espacial y temporal.

Me atrevería a proponer que esta perspectiva historiográfica, que da un protagonismo inusual al espacio en el relato histórico, sea tomada en cuenta como un *reto* más para añadir a los enunciados por el profesor Canal en su conferencia inaugural. ❧